

# La revista de la clandestinidad

**A** finales de diciembre de 1974 me había apuntado yo a la Unión Militar Democrática (UMD); sí, aquella organización clandestina antifranquista. Dos de sus fundadores, Guillermo Reinlein y Enrique López Amor, me habían “iniciado” en uno de sus viajes de Barcelona a Madrid, pero debía integrarme en un grupo de la capital. Todos tenían nombres “clandestinos” y a mí me tocó “Pamplona”. Respondía el patronímico a Fermín Ibarra Rennes, capitán de Artillería, que luego sería compañero de prisión y excelente amigo. Yo debía esperar su llamada. Y “Pamplona” llamó, vaya si llamó.

Era sábado y serían como las 11 de la madrugada, cuando sonó el teléfono y me despertó. Juré y descolgué.

—Hola. Soy Pamplona —escuché al otro lado del hilo.

Volví a jurar.

—No te jode. Y yo Guadalupe —y colgué, pensando quién sería el idiota que llamaba a esas horas un sábado.

El teléfono volvió a sonar.

¡Que te digo que soy Pamplona... Pam-plona!

—Que te respondo que yo Guadalupe y que me dejes dormir en paz.

Volví a sonar el artefacto por tercera vez y descolgué dispuesto a decirle un par de cosas a aquel capullo.

—Fernando, que soy Fermín Ibarra, para hablar de la UMD.

—Anda, Pamplona. Perdona, macho, pero no había caído.

Tras aquella manifestación de cómo deben llevarse las normas de seguridad, nos citamos en la cafetería Kon Tiki, en la Castellana, frente a Nuevos Ministerios, cerca de la Escuela Superior del Ejército y no lejos del Alto Estado Mayor. Es decir, punto de reunión de agentes de los servicios secretos militares, de la CIA y, suponemos, que del KGB. Pero eso nosotros, claro, no lo supimos hasta mucho más tarde.

Habíamos quedado en que, para reconocernos, yo llevaría una revista CAMBIO16. Fermín me explicó que llevaría un traje Príncipe de Gales. Llovía aquel





día en Madrid. No mucho, pero lo suficiente para que, después de meterme la revista en el bolsillo de la chaqueta, me pusiera encima la gabardina. A las 5 en punto, llegué a la Kon Tiki.

Y espera que te espera, mirando a todo aquel que entraba. “Príncipes de Gales” había a punta de pala y ninguno de ellos se dirigía a mí. Llevaba ya mi intrigante amigo media hora de retraso, cuando la calefacción hizo que me quitase la gabardina y que CAMBIO16 cayese al suelo.

El señor que estaba a mi lado desde hacía media hora, enfundado en su traje príncipe de Gales, me miró como —con toda la razón— si yo fuese tonto.

-¿Fernando?

-¿Pamplona?

Y así empezó todo. La media hora de “clandestinidad” de ese número de la revista CAMBIO16 en mi bolsillo sería premonitorio de lo que iba a pasar meses y años después. Cambio 16 se tiraría 30 años “marcando el paso”; es decir, con una especial sensibilidad y atención hacia

los temas militares, el auténtico tabú de entonces. Quienes la llevaban al cuartel, eran perseguidos y hasta arrestados. En los lugares a los que más atención prestaba, tenía que ser leída en la clandestinidad. Triste paradoja de lo que era un cuartel entonces.

Secuestrada en varias ocasiones, algunas de ellas por publicar sobre los militares de la UMD en prisión, CAMBIO16 siguió adelante. Ya tuvo dificultades para salir y de ahí que, al solicitar el nombre de Cambio, obligaran a los promotores a añadir en la cabecera el 16, el número de sus fundadores. Pero ese número, el 16, creó un espíritu al nacer posteriormente toda una serie de publicaciones que lo llevaban como bandera. Era ya el Grupo 16. Y el 16 pasó de ser una imposición franquista a un espíritu que tomó tal naturaleza que la revista de hoy, 30 años después, la que sigue viva entre los lectores, no sería nada sin ese 16.



*Fernando Reinlein*